será la recolección[5]. La tierra es valle de esperanza de cielo. No esperaré en las criaturas, pero espero en el Criador. Viviré en el Criador, mi Dios, y viviré su misma vida y su misma felicidad.

35.—Los santos fueron sabiamente avariciosos en sembrar buenas obras y están en el cielo recogiendo ya dicha y recogerán delicia sin fin y sin interrupción. Sembraron para el cielo. Con ellos debo hacerme esta reflexión: Un momento es el sufrir y eterno será el gozar. Con la gracia de Dios, que nunca les faltó, sufrieron los mártires sus tormentos tan terribles, que sin la especial gracia serían insufribles; pero veo a San Lorenzo saltar del fuego de las parrillas a las delicias del cielo, y del fuego lento en que son quemados, atados a un madero, los mártires del Japón, son trasladados a los resplandores de los ángeles gloriosos. Condenan a la jovencita Alodia a la muerte que acaban de dar a su hermana *Nunilona* y, al extender ella gozosa su cabeza para que se la corten, la oigo decir: *Espera un momento, hermana, para entrar juntas en el cielo*[6].

Durísimas penitencias hicieron muchos confesores, y apenas fallecido se aparece glorioso San Pedro de Alcántara a Santa Teresa de Jesús y le dice:

5. Id.: *A los Corintios*, 9, 6.
6. Isabel Flores de Lemus: *Año Cristiano Ibero Americano*, 22, X.

Bienaventurada penitencia que tanto premio había merecido[7]. No le pesaba lo que había sufrido, sino que le alegraba y no se le acabará el gozar.

Por la penitencia que abrazaron San Antonio y San Hilarión y Santa Tais y tantos otros millones de santos y almas ofrecidas en silencio y sacrificio a Dios y por las terribles penitencias que practicaban, disfrutan ahora, y disfrutarán ya para siempre, de la compañía de Dios y de la de los ángeles y bienaventurados del cielo, y están en continuos, insospechables y eternos goces. Viven ya en él para siempre gozar y para siempre estar en la exaltación de la sabiduría, de la alegría, de la jubilosa delicia de Dios. *Porque no son de comparar los sufrimientos o penas de la vida presente con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros*[8].

36.—Y Jesucristo, como buen Capitán que va a la cabeza de los suyos, abrazó los terribles dolores y menosprecios de su pasión y ganó para siempre ser el Rey inmortal del universo y de todas las criaturas por todos los siglos. Porque breve es el penar y eterno será el gozar, según nos enseña la fe y la esperanza.

7. Santa Teresa de Jesús: *Vida*, 27, 19.
8. San Pablo: *A los Romanos*, 8, 18.

Todo el que siembre en virtud, en amor de Dios, en sacrificio y oración, recogerá cien doblado y vida y felicidad eterna en proporción de sus obras y de su amor y entrega a Dios. No una felicidad como podemos soñarla ni aun desearla mientras vivimos ahora en la tierra, sino una felicidad sobrenatural como las facultades del hombre no pueden comprender ni imaginar. Seremos felices con la felicidad del mismo Dios. Nos lo ha prometido Él. Nos ha criado para la dicha. Viviremos en Dios la vida gloriosa de Dios. Eso es el cielo. ¡Oh grandeza y hermosura tan insoñable!

La felicidad está en el cielo y después del paso de la muerte. La muerte es arco triunfal para entrar en el cielo[9]. El cielo es nuestro dichoso y último fin. Sembramos para recoger. *Sembremos en espíritu para recoger vida eterna*. Hemos sido criados para el cielo pasando muy rápidamente desde las sombras de la tierra al sol indeficiente de la dicha, de la delicia y del gozo.

Dios nos ha criado para la felicidad del cielo y exige que nosotros mismos, con su gracia, sembremos la semilla de las virtudes y bien obrar y deseemos y procuremos y le pidamos el cielo, la felicidad, la dicha cumplida.

9. Un Carmelita Descalzo: *Alegría de morir*, caps. II, VII y IX.

Alentadora es la frase de Fray Luis de Granada: *No da Dios deseos a los suyos para atormentarlos, sino para cumplirlos y disponerlos para otros mayores*[10].

Y Santa Teresa se solazaba mirando al cielo y diciendo: *Con sólo mirar al cielo; recoge el alma*[11].

10. Fray Luis de Granada: *Tratado VII del Amor de Dios,* cap. I, prf. II.
11. Santa Teresa de Jesús: *Vida,* 38, 6.

Capítulo VII

Se piensa en el cielo donde se vive la felicidad perfecta

37.—Mi pensamiento se pregunta: ¿Qué es el cielo? ¿Dónde está el cielo? ¿Cómo es el cielo? Si el cielo es mi deseo, si he sido criado para el cielo, ¿no podré saber lo que es y dónde está y sus delicias antes de que Dios me lleve a él? ¿Qué noción o qué detalles puedo tener del cielo? ¿Cómo viviré en el cielo? ¿Qué hombre mortal no se hace esta misma pregunta y desea su aclaración?

Porque no son solos los santos ni solos los cristianos quienes piensan en el cielo y discurren sobre el cielo, y aun debiéramos pensar mucho más. También los paganos han pensado y discurrido sobre el cielo, y lo han deseado. Sus filósofos han descrito el cielo, aunque muy pobre y erróneamente, como era pobre y erróneo el concepto de los que ellos tenían por dioses, seres muy humanos y con pasio-

nes desordenadas, como formados por la mente del hombre. No tenían la verdad revelada en el Evangelio y habían recibido muy enturbiada la revelación primitiva.

Las potencias del hombre no pueden remontarse hasta lo sobrenatural si Dios no las levanta, ni pueden comprenderlo hasta que no lo posean en el cielo. Ni los filósofos ni la gente sencilla podían tener una idea sobrenatural del cielo. Sus conceptos y descripciones, por hermosos y levantados que fueran, no dejaban de ser humanos, naturales y a la manera humana natural. Sus descripciones del cielo son de una belleza natural y de la satisfacción de las conversaciones con personas cultas y de recreos y diversiones placenteras. No podían concebir el cielo sobrenatural que nos enseña la fe a los cristianos, ni conocían los adelantos de los inventos actuales para poder soñar con sus encantos. Aun con la fe y con la revelación, muchos cristianos no conciben nada más que las delicias de un cielo material y social, no las sobrenaturales de Dios.

Bellas y emocionantes ideas expuso Platón sobre la inmortalidad del alma y sobre la vida feliz que viviría después de la muerte. Los Padres y doctores de la Iglesia y la teología cristiana han recogido algunas ideas verdaderas de su filosofía para ayudarse con ellas a explicar el concepto sobrenatural de Dios y del cielo. Pero ni la inteligencia de Platón ni la de Aristóteles, ni la de filósofo alguno, pudo

volar hasta percibir la luz de la verdad total y sobrenatural, como nos enseña la fe. No lo ha alcanzado el hombre con sólo su discurso. Lo ha enseñado Dios. Es verdad revelada, y porque lo creen, lo saben hasta los niños que viven la fe. Los santos, afianzados en la fe, aun careciendo a veces de formación científica, llegaron a tener una idea inmensamente alta, clara y sobrenatural de la luz purísima de Dios y juntamente del cielo. Era luz especial comunicada por Dios. Porque tenían tan alto conocimiento de Dios, tenían ansias muy crecidas e incontenibles de ir al cielo. Su belleza y rutilante claridad abstraía sus sentidos hasta perder, a veces, la sensación.

38.—El cielo es todo luz y belleza cautivadora, como la más hermosa imagen material creada de la infinita bondad y belleza increada de Dios. Mirarse envuelto en esa hermosura es vivir la idealidad de la belleza y del bien. Los santos la vivían; por eso eran, en cierta manera, dichosos, y por eso también eran mas vehementes las ansias de verla ya sin velos y vivirla gloriosos. San Juan de la Cruz aconsejaba a un alma santa se mirase siempre envuelta en esa hermosura. La biografía de Fray Gil dice que la llevaba tan fascinadoramente bella dentro de sí mismo, que sólo nombrarle *paraíso* le producía el éxtasis.

Paseaba un día el estático San Miguel de los Santos en la huerta de su convento con unos conocidos

suyos hablando de Dios. Uno de ellos dijo en la conversación: «¿Qué sucederá cuando las almas gocen de las delicias del paraíso?»; y apenas oírlo, quedó el santo fuera de sí, arrobado[1].

¿Cómo no recordar la cena de San Francisco y Santa Clara, en que, hablando de Dios, quedaron arrobados por largo tiempo y los que los acompañaban? ¿Y la conversación sobre Dios de Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, terminando los dos en maravilloso éxtasis? Tanta belleza se comunica al alma pensando en la soberana e infinita de Dios.

Santa Teresa narra muy detalladamente el éxtasis que tuvo con los efectos especiales en el convento de Salamanca. Estaba en animada y santa recreación con sus monjas; en lo más animado, una religiosa joven y de bonita voz entonó una preciosa canción, como acostumbran, para avivar el fervor. Era la canción del amor y deseo de ver y estar ya con Dios. Al oír la santa el hoy muy conocido cántico:

> Véante mis ojos,
> dulce Jesús bueno;
> véante mis ojos,
> muérame yo luego.

1. Isabel Flores de Lemus: *Año Cristiano Ibero Americano*, 6 de septiembre.

Véome cautivo
sin tal compañía;
muerte es la que vivo
sin Vos, vida mía.
¿Cuándo será el día
que alcéis mi destierro?
Véante mis ojos,
muérame yo luego, etc.

como tanto lo deseaba, sintió en su alma y en su cuerpo los efectos tan extraordinarios que ella misma nos dice: *Anoche, estando con todas, dijeron un cantarcillo de cómo era recio de sufrir vivir sin Dios... Fue tanta la operación que me hizo... que si el canto no cesara, que iba ya a salir el alma del gran deleite y suavidad que Nuestro Señor le daba a gustar, y así proveyó Su Majestad que dejase el canto quien cantaba, que la que estaba en esta suspensión bien podía morir, mas no podía decir que cesase... Aquí el alma no querría salir de allí, ni le sería penoso (morir), sino grande contentamiento, que eso es lo que desea. ¡Y cuán dichosa muerte sería a manos de este amor!*[2].

Desmayada, sin sentido, traspuesta, la llevaron a su celda. El sentimiento de su soledad por verse lejos de Dios o sin ver a Dios, causó la suspensión de los sentidos y la puso en éxtasis.

2. Santa Teresa de Jesús. *Cuentas de conciencia*, 13, y *Meditaciones*, del C. 7, 8.

Como entraba en éxtasis Santa Ángela de Foligno y decía: «*Dios no es conocido...*», *y ponía únicamente su esperanza en un bien secreto muy secreto y escondido, que veía estaba en la grande oscuridad. En ella se deleitaba en todo Bien, y no viendo nada, veía todo Bien, absolutamente todo Bien*[3]. Y pedía a Dios, por la Virgen y sus ángeles, no la retardara ya más la muerte.

La inteligencia, la voluntad, la memoria y hasta la imaginación de estos santos estaban divinamente obsesionadas y absorbidas con la hermosura y delicia del cielo y toda el alma llena de ansias de Dios, infinitamente más hermoso que el cielo, pues es el verdadero cielo y felicidad y será siempre la ininterrumpida y jubilosa delicia.

39.—Es tan excesivamente hermoso e inmenso el bien del cielo, tan encantador y superior a toda otra belleza, tan insoñable y delicioso sobre cuanto la inteligencia puede pensar y la imaginación fantasear, que las almas a quienes Dios mostró comunicaciones sobrenaturales de esa belleza inefable salen de sí mismas en éxtasis al sólo recordar tan maravillosa y deslumbrante delicia, que no se parece a nada visible. El pensamiento de que verán

3. Santa Ángela de Foligno: *Le livre de la Bienheureuse Soeur Ángela de Foligno du Tiers Ordre de S. François. Documents originaux edités et tradulits par le Pere Paul Doncoeur IX. Du septieme pas.*

a Dios infinito, de que estarán en Dios y vivirán la vida de Dios y su misma delicia y sabiduría y poder, les abstrae en gozo a veces días enteros, como lo leemos en sus biografías o ellos mismos lo dejaron escrito, y les hacía repetir constantemente: «Dios, Dios, cielo, luz, verdad eterna».

Sé ciertamente por la fe y por la teología que Dios es la Suma Bondad y la Omnipotencia; es el amor infinito y la generosidad sin límites. Sé, Dios mío, que eres mi Padre y me has criado para el cielo y has criado el cielo, cúmulo o «juntura» de todos los bienes y delicias, para premiar, galardonar y obsequiar con toda la magnificencia de tu largueza sin límites y con tu amor y poder infinitos, a tus hijos buenos, que te amaron, obedecieron y practicaron las virtudes en la tierra. Amar es vivir la voluntad de Dios. La ley que gobierna y alegra el cielo es el amor glorioso y la compenetración.

El cielo no se parece a nada de la tierra. El cielo es sobrenatural. El premio de la felicidad del cielo es Dios mismo. Dios se da a los bienaventurados y les comunica su naturaleza gloriosa y sus perfecciones su sabiduría y su dicha. El cielo infinito es Dios mismo que se da a Sí mismo y produce el gozo sin término. El cielo es la reunión de todos los bienes y hermosuras y el lugar donde Dios se da y se comunica a las almas y las hace felices. Nada de la tierra puede compararse con las bellezas y encantos del cielo, ni los encantos del lugar del cielo con Dios.

Dios se da gloriosamente y comunica sus perfecciones a los bienaventurados en proporción del amor que en la tierra le tuvieron y de las virtudes y obras buenas que practicaron. Ante Dios nada son ni la fama, ni los bienes, ni la sabiduría, ni el poder de la tierra, si no se emplearon para Dios. Dios no mira ni a la belleza del cuerpo, ni al atractivo de la persona, ni a la ignorancia o rudeza. Todo es don de Dios, y lo da para poder ganar más cielo. La sabiduría, la hermosura, la habilidad y riqueza ante Dios y con los que se compra cielo, son la gracia y el amor, que se acrecientan con las virtudes.

Los filósofos o literatos paganos describen y hablan de un cielo material muy semejante a esta vida de la tierra, aunque exento de dolencias. En ese cielo no tenían entrada los pobres ni los esclavos, como si no fueran criaturas de Dios. ¡Pobres doblemente los pobres según su enseñanza! ¡Llevaban aquí vida miserable y arrastrada y no podían tener cielo después de la muerte! ¡Cuán diferente es el pensamiento de Dios! Todos somos hijos del Altísimo. Jesucristo empieza su doctrina diciendo: *Bienaventurados los pobres de espíritu, y los pacíficos, y los que lloran, y los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.*

Aun en esta vida Dios ha hecho más frecuentemente sus maravillosas mercedes sobrenaturales a los pobres, a los desconocidos, a los que lo han renunciado todo por Él. Con las almas recogidas y

alejadas del trato de sociedad ha mostrado sus especiales complacencias. Porque lo que vale ante Dios es la virtud, la limpieza de corazón, la humildad, la rectitud de intención.

40.—Bien hizo Dante en no tomar por guía en el Paraíso a Virgilio, como le había tenido en las descripciones del infierno y del purgatorio. Virgilio, nacido en el paganismo, carecía de la luz de la fe, y ni sus ojos ni su inspiración podían ver las maravillas sobrenaturales del cielo sobrenatural que nos enseña la revelación. Sólo sabe decir del cielo que los hombres allí *tienen las mismas diversiones y hacen los mismos ejercicios que cuando vivían en la tierra y conservan las mismas aficiones que en esta vida tuvieron a los buenos caballos, a los buenos carros en magníficas praderas*[4]. ¡Pobre hombre si viviera en la eternidad en tan bajo y mísero cielo! ¡Y aún es más mísero el estado de las almas en el cielo según la descripción que Ovidio hace con toda su fantasía juguetona!

¡Bendita sea la fe, que enseña la felicidad sobrenatural del cielo y la participación de la vida y perfecciones del mismo Dios en proporción de la virtud y del amor santo que en la tierra vivieron!

La filosofía romana, siguiendo la doctrina de Platón, aunque sin llegar a la belleza de su inspiración, dice por Marco Tulio que *separar el alma del*

4. Virgilio: *Eneida*, lib. VI.

cuerpo es aprender a morir, y es mi consejo que nos despeguemos de las cosas corporales para que vayamos aprendiendo a morir…, y cuando lleguemos al cielo, entonces sí que viviremos, porque esta vida presente más bien es muerte[5].

En el cielo de nada se carecerá, y el espíritu se sustentará de las mismas cosas que se sustentan y mantienen los astros[6]. El cielo, enseña, es la reunión de todos los bienes, y está exento de todos los males. La vida del cielo será muy agradable y deliciosa, teniendo el trato y amistad con los hombres más grandes, más sabios y más agradables que han existido. Ese es todo el cielo que se ha de gozar según el entender de Cicerón, aprendido de los filósofos griegos.

No merece ni recordar el cielo que promete y describe el Corán en las riberas de arroyos y en muy amenas praderas. No era más alta la idea que de la virtud tenía el que lo escribió.

Pero el cielo es en verdad todo luz, todo belleza y delicia sobrenatural, todo sabiduría y contento. El cielo es todo amor. La ley que gobierna el cielo y une las almas es el amor, amor glorioso, sobrenatural, por poseer ya a Dios y sus perfecciones y en Dios todos los bienes y todas las perfecciones y alegrías. El cielo es el amor fraternal, confidencial, íntimo, sin

5. Marco Tulio Cicerón: *Tusculanae Disputationes,* lib. I, cap. XXXI, núm. 75.

6. Id., id., id.: cap. XIX, núm. 43.

engaños ni equivocaciones, en el amor triunfal y esplendoroso de Dios.

El cielo es la reunión gloriosa de la gran familia humana y angélica, gozando en jubilosa unión en Dios de los triunfos que alcanzaron en la virtud.

El cielo es la posesión en plenitud de la sabiduría, del poder y de la bondad. Es el gozo de la verdad. No sabrá más el que tenía más ciencia y conocimientos en la tierra, sino el que amó más a Dios. No será más feliz el que conoce más cosas en el mundo, sino el que conoce más de Dios. Porque Dios es la felicidad y el cielo. Pero el que amó más a Dios en esta vida, conoce más de Dios y conoce también más verdades en la Verdad y hermosura de Dios. Seré dichoso, porque veré, conoceré y viviré a Dios.

Capítulo VIII

La hermosura, la bondad y sus efectos, según Platón

41.—Platón vivió siglos antes que los poetas y los filósofos latinos. Se ha dicho que Roma venció a Grecia y Grecia conquistó a Roma. Porque las armas de los soldados romanos y la política de sus generales dominaron el poder de Grecia, pero la cultura y el saber griego penetró en Italia e influyó en sus sabios y en sus literatos. Los escritores griegos eran sus modelos, no igualados por los latinos. Platón absorbió la admiración de todos por la belleza con que expuso sus ideas sobre los temas más fundamentales de la vida del hombre y sobre la vida inmortal de las almas después de la muerte. Muy superiores y más nobles y llenas de verdad que las fantasías de los poetas latinos son las ideas de Platón, vestidas con ropaje de belleza.

De Platón tomó Cicerón sus ideas sobre la vida que debe vivir el filósofo y lo que la filosofía enseña sobre la vida de las almas que han abandonado el cuerpo por la muerte y entrado en la vida inmortal; pero no llegó a la belleza y encanto con que Platón las había ya expuesto.

El fundador de la Academia supo dar plasticidad y animación extraordinaria a los conceptos filosóficos, poniendo al alcance de todas las inteligencias las ideas más difíciles y abstractas.

Mucho pensó y escribió Platón sobre el estado y vida de las almas después de su separación del cuerpo por la muerte. Admite que las almas no mueren como los cuerpos. Cuando se separan del cuerpo empiezan a vivir otra vida mejor. Y habla de la vida feliz que tendrán, del lugar donde vivirán y cómo entiende él esa vida.

Platón no tuvo la luz de la fe ni conoció la revelación evangélica. No le fue posible llegar a comprender toda la verdad ni tuvo conocimiento de la felicidad sobrenatural de las almas. No supo lo que era el verdadero cielo y el premio sobrenatural, como no llegó a tener conocimiento de Dios infinito en su esencia y en sus perfecciones y por lo mismo de un solo Dios infinito, único, Creador de todo, que es todo amor, todo belleza, todo bondad, y por su misma esencia es la sabiduría y la omnipotencia.

A su modo, según las creencias gentílicas y su propia inteligencia describe el cielo, o sea la vida de

las almas de los buenos, separadas ya de los cuerpos, en los Campos Elíseos, en bellezas naturales y en primavera perpetua. Cultivarán las conversaciones agradables con los mejores hombres y más atrayentes y aun con los mismos dioses. No tiene conocimiento de la resurrección de los cuerpos, que Dios realizará con su omnipotencia, después de la muerte, en el momento que tiene señalado, ni espera sea premiado el cuerpo, en el cielo, por el bien que realizó en compañía del alma. El dogma de la resurrección de los cuerpos sólo lo sabemos por la revelación de Dios, aun cuando se comprenden después las razones de la conveniencia para mayor justicia y generosidad de Dios. Platón expresa su pensamiento por Sócrates, a quien tan bellamente idealizó, y realza más la hermosura y el alto modo de pensar, al oír hablar a Sócrates, después de haberse visto obligado a tomar la cicuta a que había sido condenado sin delito y cuando ya estaba sintiendo los efectos de la muerte inmediata. Ante la muerte que está llegando, Sócrates no está triste, sino más bien gozoso, a semejanza de los mártires cristianos condenados al martirio, y habla de la inmortalidad de su alma y de la vida que va a empezar ahora a vivir en compañía de los dioses y con hombres eminentemente buenos y justos.

Con serenidad envidiable dice: *Si no pensase que he de ir, en primer lugar, al lado de otros dioses sabios y buenos, y además al lado de otros hombres, que han*

muerto, mejores que los de aquí, ciertamente que obraría mal no recibiendo con disgusto la muerte; mas al presente ya sabéis que espero hallarme entre hombres virtuosos..., que he de ir al cielo al lado de los dioses supremos, que son verdaderamente buenos.

Por esta razón no me causa disgusto morir.

Quiero daros razón a vosotros... de por qué me parece natural que un hombre que verdaderamente pasa la vida filosofando tenga buen ánimo cuando está para morir y una grata esperanza de que reportará allí grandes bienes cuando muera...

Sería absurdo que durante la vida no desee otra cosa con más ardor (que morir), y que al llegar la muerte repugnara aquello mismo que de antiguo anhele[1].

Todos los cuidados de un filósofo no tienen por objeto el cuerpo; al contrario, no trabaja nada más que para prescindir de éste todo lo posible, a fin de no ocuparse más que del alma...

Así resulta como evidente que lo propio del filósofo es trabajar más particularmente que los demás hombres en la separación de su alma del comercio del cuerpo.

Sin embargo, se figura la mayor parte de la gente que un hombre que no encuentra un placer en esta clase de cosas y no usa de ellas, ignora verdaderamente lo que es la vida, y les parece que quien no goza de las voluptuosidades del cuerpo está muy cerca de la muerte...

1. Platón: *Felón o Del Alma* prfs. VIII y IX; traducción de Anacleto Longue. Cicerón se expresó más tarde con estas mismas palabras.

Si queremos saber verdaderamente alguna cosa, es preciso que prescindamos del cuerpo y que sea el alma sola la que examine los objetos que desea conocer. Sólo entonces gozaremos de la sabiduría de la que nos decimos enamorados, es decir, después de nuestra muerte y nunca jamás durante nuestra vida…

Y si es así…, todo hombre que llega adonde voy a ir ahora, tiene gran motivo para esperar que allá, mejor que en ninguna otra parte, poseerá lo que con tantas fatigas buscamos en esta vida; de manera que el viaje que de la muerte me ordenan me llena de una dulce esperanza, y el mismo efecto producirá en todo el que esté persuadido de que su alma está preparada para conocer la verdad.

Por consiguiente, purificar el alma, ¿no es… separarla del cuerpo y acostumbrarla a encerrarse y concentrarse en sí misma, renunciando en todo lo posible a dicho comercio, viviendo, bien sea en esta vida o en la otra, sola y desprendida del cuerpo como de una cadena?… ¿Y no es esta liberación, esta separación del alma y del cuerpo, lo que se llama muerte?… ¿No sería… sumamente ridículo que un hombre que ha estado dedicado durante toda su vida a esperar la muerte, se indignase al verla llegar?…

Los verdaderos filósofos no trabajan más que para morir y que la muerte no les parezca nada terrible. Mira tú mismo: si desprecian su cuerpo y desean vivir solos con su alma, ¿no sería el mayor absurdo tener miedo cuando llegue ese instante, afligirse y no ir voluntariamente allá donde esperen obtener los bienes porque han suspirado toda su vida?… ¿Se disgustará por tener que

morir y no irá gozoso a los parajes donde disfrutará de lo que ama?[2].

...Y el alma, este ser invisible, que va a otro medio semejante a ella, excelente, puro, invisible..., cerca de un dios emporio de bondad, de sabiduría, a un paraje al que espero irá mi alma dentro de un momento, si a Dios place... Si el alma se retira en este estado, va hacia un ser semejante a ella, divino, inmortal lleno de sabiduría, cerca del cual... goza de felicidad... y pasa verdaderamente con los dioses toda la eternidad[3]*...*

42.—Vemos qué convicción de la felicidad futura del cielo muestra Platón en sus escritos, profundos y sencillos, pero llenos de encantadora belleza, expresión del íntimo sentimiento religioso que aun tenían algunos de los gentiles y una esperanza firme del premio del bien obrar en los Campos Elíseos en la compañía feliz de los hombres buenos y grandes y de los mismos dioses. ¿Y cómo veía y entendía Platón la felicidad y posesión de la belleza? Nos lo va a enseñar en otro magnífico diálogo, poniendo de intermediario al Sócrates que él tan insuperablemente idealizó. Porque quien va a aprender aquí es Sócrates, y con Sócrates, el lector.

El que ama lo bello, ¿qué es lo que ama?, pregunta Diotime, la ciega de Mantinea, a Sócrates, el cual

2. Platón: *Fedón o Del Alma* traducido por Luis Roig de Lluis.
3. Id., id., id.

acudió a Diotime para aprender la ciencia de la verdad y del amor. Y Sócrates contesta: *Poseerlo.*

Vuelve a preguntar la ciega Diotime y a establecer el diálogo: *¿Qué ganará con la posesión de lo bello?* No sabiendo responderle, pregunta lo mismo en otra forma: *El que ama lo bueno, ¿qué es lo que ama?*

—Poseerlo.

—¿Y qué ganará poseyéndolo?

—Que será dichoso. Porque la posesión de las cosas buenas hace dichosos a los seres felices.

Y continúa Diotime enseñando a Sócrates:

Quien está iniciado en los misterios del amor después de haber recorrido en un orden conveniente todos los grados de lo bello, llegado al término... descubrirá de repente una maravillosa belleza, la que era el objeto de todos sus trabajos anteriores; belleza eterna, increada, exenta de todo incremento y disminución; belleza que no es bella de tal parte y fea en otra, bella por un concepto y fea por otro, bella para unos y fea para otros; belleza que no tiene nade sensible, como un rostro o unas manos, ni nada corporal; que no es tampoco un discurso o una ciencia; que no reside en un ser diferente de ella misma, en un animal, por ejemplo, o en la tierra o en el cielo o en cualquiera otra cosa; pero que existe eterna, absolutamente pera ella misma y en ella misma, de la cual participan todas las demás bellezas sin que su nacimiento o su desaparición la aporten la menor disminución, ni el menor incremento, ni la modifiquen en nada.

Si alguna cosa da valor a esta vida es la contemplación de la belleza absoluta. Y si llegas a contemplarla, ¿qué te parecerán después el oro y las joyas?... ¿Qué pensar de un mortal a quien le fuera dado contemplar la belleza pura, simple y sin mezcla, no revestida de carne, de colores luminosos ni de todas las otras vanidades perecederas, sino la belleza divina misma? ¿Crees que sería un miserable destino el tener fijos los ojos en ella y gozar de su contemplación y de la compañía de un objeto tal?[4].

Largo ha sido el párrafo copiado, pero alegra el espíritu ver que un filósofo pagano pensó ya tan altamente de la belleza eterna, que es Dios, y remonta tan delicada y poderosamente el vuelo para darnos un atisbo, un tenue rayo de luz de la felicidad del cielo, y se entusiasma contemplando la belleza infinita y eterna, y enseñando que la posesión y contemplación de esa hermosura es el Sumo Bien y nos hará felices. Dios es la felicidad y hará felices a cuantos le posean entendiéndole, amándole y gozándole. San Agustín expondrá esta verdad con toda la claridad cristiana y la luz de la fe, y Santo Tomás la explicará con mayor precisión de concepto. Estos santos tenían ya la verdad revelada. Estos conceptos de Platón hacen recordar a San Agustín en sus maravillosos vuelos hacia Dios.

4. Platón: *El Banquete o Del Amor.*

43.—La belleza, el Sumo Bien, no puede existir como idea abstracta y arquetipo invariable y eterno; pero existe Dios, Suma Belleza y Sumo Bien, real, personal, Ser infinito en su esencia y en sus atributos o perfecciones. Existe Dios, Ser necesario, Suma Sabiduría, Omnipotente, Creador del hombre y del mundo y de todos los astros y de todo cuanto existe. Existe Dios, no limitado y con defectos o vicios, como los dioses que reconocían Platón y Aristóteles y toda la gentilidad, sino Dios único, eterno, sin principio ni fin, Suma Felicidad, porque es Sumo Bien y Sumo Poder, y Sumo en todas las perfecciones. Es quien ha dado las leyes a los mundos y a cada uno de los seres, quien los conserva en el ser y en el obrar y los gobierna; quien ha creado a todos los hombres y me ha creado a mí con ellos para la felicidad del cielo, donde Él mismo se me dará y hará participante de su misma naturaleza, vida y felicidad, si en la tierra me uno a Él cumpliendo su voluntad.

Seré feliz en el cielo con la felicidad del mismo Dios, viendo directamente su esencia y sus perfecciones, gozándole gloriosa y claramente con todas mis potencias y sentidos. Mi alma será entonces dichosa y feliz para siempre no sólo con la felicidad que deseo, sino con otra mucho más alta e intensa, con felicidad sobrenatural, que es felicidad del mismo Dios, y mi alma hará feliz a mi cuerpo cuando por el poder de Dios resucite y vuelva a unírmele al alma.

Esta es la felicidad sobrenatural que me enseña la revelación de Dios. Seré para siempre feliz en todo mi ser en el cielo, como premio de mis obras buenas y de mi amor a Dios. ¡Bendito seas, Dios mío, pues para bien tan inmenso y tan alto me has criado! ¡Seré feliz con felicidad no sólo natural, sino con felicidad sobrenatural! Alma mía y cuerpo mío, seréis felices en proporción de las obras buenas y virtudes que ahora queráis vivir.

Platón no pudo llegar a conocer esta felicidad sobrenatural ni la resurrección de los cuerpos, no para ser obstáculo del alma, sino para recibir el premio de sus acciones y ser feliz con la felicidad que le comunique el alma ya gloriosa, y ser su compañero como lo fue en la tierra.

En el cielo, decía Platón por boca de Sócrates, tendría todos los conocimientos de la filosofía y de la ciencia, por cuya adquisición tanto se afanaba en la tierra. Con el conocimiento de las ciencias y su comunicación con hombres sabios y justos viviría en más grande alegría y se gozaría en el trato social, confidencial y de sumo amor y amenidad con esos hombres eximios.

El cielo sería en los Campos Elíseos, o sea en campos y paisajes muy amenos y atrayentes, de eterna primavera y floración perpetua. *El que asimiló y practicó la virtud, será amado de Dios y será inmortal. Si el alma se desprende en este estado, va hacia un ser*

semejante a ella, divino, inmortal, emporio de bondad y sabiduría, cerca del cual goza de sabiduría[5].

Esperaba Platón, y espero y pido yo a Dios, que mi alma se separe del cuerpo limpia, hermoseada con la virtud y, pura, vaya a Dios, al cielo, a la felicidad ansiada y para la cual me ha creado Dios, a vivir en el mismo Dios muy por encima de la felicidad soñada.

Platón —y más claramente aún Aristóteles— ponía la felicidad en la contemplación de la Verdad, del Bien, de la Belleza. Su contemplación produce el júbilo, la alegría y el gozo de la delicia.

Que viva, Dios mío, aquí tu gracia y tu amor, que es vivirte a Ti, para que muriendo en tu amor vaya a ser feliz viviendo tu misma vida y participando gloriosamente de tu naturaleza y de tus perfecciones. Seré feliz, seré feliz en Dios y para siempre y en todo.

5. Platón: *Fedón*, id.

Capítulo IX

Qué es la felicidad

44.—Quiero renovar el gozo en mi espíritu reflexionando de nuevo con mayor precisión sobre la felicidad y su hermosura. La tengo, gracias a Dios, muy bien grabada en mi naturaleza y en mi memoria, y no puedo olvidarme de buscarla en todas mis aspiraciones y acciones ni creo pueda nadie prescindir de ella en todas sus obras ni olvidarla en sus deseos.

El encanto de la felicidad me obsesiona y obra en mi ser con mayor fuerza que el instinto en los animales. Quiero ser feliz. Procuro en todas mis obras acercarme cuanto puedo a la posesión de la felicidad. Observo que la felicidad fascina a todos como irresistiblemente me obsesiona a mí. ¿Quién me ha enseñado qué es la felicidad? ¿Quién ha grabado tan imborrablemente en ti, alma mía, ese no sé qué en que consiste la felicidad? ¿Qué es la felicidad y

dónde se encuentra? Este continuo deseo y atracción de la felicidad, que siento en mí y no quiero dejar de sentir, me dice que he sido creado para ser feliz, pero no lo soy a pesar de procurarlo. Sueño y deseo sumergirme y saturarme en un bienestar que llene mi ser de gozo, que ilumine mi entendimiento y mi voluntad de la claridad y hermosura del saber y de vivir la alegría; quiero poseer y disfrutar y quedar deliciosamente empapado en todo bien y en todo conocimiento de la verdad. Quiero que ese bienestar dichoso envuelva mi voluntad, y la delicia radiante y jubilosa de toda bondad íntima y comunicativa sature todo mi ser y estén satisfechas mis potencias en todos sus deseos y ensueños presentes y futuros. Aspiro a conseguirlo y espero llegar a poseerlo.

¿Quién ha puesto en mí esta noble y alta ilusión? ¿Dónde y cómo conseguiré esta añorada realidad? Pues para ser feliz tengo que ver satisfechos todos mis deseos, todas mis ansias, todos mis ensueños nobles. Será dichoso el hombre lleno de bondad, que vive gozando la bondad y recibiendo y comunicando bondad y contento. Me alegró leer este mi sentimiento escrito en una sentencia de San Agustín: *Sólo es feliz el que posee todo lo que desea y no desea nada malo*[1].

1. San Agustín: *De la Santísima Trinidad* lib. 13, capítulo 5, núm. 8 y en otros lugares, como en *De la Vida Feliz* y *De la verdadera religión*. Esta frase es de Cicerón.

La nobleza del hombre es la luz y la hermosura y la transparencia de la bondad. La noción y la imagen de la felicidad subyugan mi entendimiento y se me presentan como claridad, como belleza y delicia, como concordia y armonía en atmósfera de amor radiante.

45.—Ese deleitoso júbilo de bondad, de paz, de saber y poder, de amar y ser correspondido en el amor en alegría y sin emulación, con toda confianza y seguridad, no puede encontrarse en estos bienes materiales codiciados e inseguros, ni en ejercer el poder sobre los hombres, ni en el contento de tornadiza fama. Todos esos bienes son muy inferiores a mi alma y de menos valía que el espíritu, ya sea ángel, ya sea bienaventurado. Es cierto que producen días agradables y placenteros, pero son como la espuma; muy en breve se deshacen y dejan aflicción y amargura en el espíritu[2].

La felicidad está muy por encima de los bienes materiales y morales, tan codiciados de los hombres. La felicidad es la saturación del alma en toda delicia, llenando sus potencias y también todos los sentidos y miembros del cuerpo de gozo en exaltación de júbilo siempre renovado y siempre más dichoso. La felicidad es un bien que llenará mi entendimiento

2. Santo Tomás de Aquino: *Suma Teológica*, I II, q. 2; Jacobus Ramírez: *De Beatitudine*, tomo II.

y mi voluntad de indecible e ininterrumpido gozo en todos sus deseos y ansias de saber, de conocer, de poseer y gloriosamente amar y ser amado. Es la exaltación de la delicia en todo el ser, en el alma y en el cuerpo, en las potencias y en los sentidos.

La felicidad no admite imperfección ni bajeza alguna, ni desconfianza o inseguridad. La felicidad es la más noble y la más alta perfección a que puede aspirar el hombre. La felicidad no tiene sombra, ni aspereza, ni contaminación alguna; es la posesión y fruición ya actual, gloriosa, sobrenatural y permanente e ininterrumpida de todas las aspiraciones, de todos los deseos. Es la exaltación gloriosa superior a cuanto mi fantasía puede imaginar y mi entendimiento comprender. Porque el entendimiento estará lleno, rebosante, satisfecho en toda su capacidad de saber y conocer en el mayor descanso y placer; lleno en todas sus ansias de comprender todas las cosas creadas y también el Bien Supremo Sobrenatural e increado y Creador de todo. Verá y poseerá la Verdad Suma, fuente de toda otra verdad; estará y gozará en Dios, Sol del amor, que lo ilumina y viste todo de amor. Viviré la felicidad cuando mi entendimiento lo comprenda todo sin cansancio, sin hastío ni esfuerzo, sino con el mayor deleite y placer y en total satisfacción; y mi voluntad esté igualmente satisfecha, llena en toda su capacidad de amar y ser amada, en la exaltación de la delicia y rebosando en el más excelente gozo, sin que jamás

haya temor de pérdida ni disminución ni en el entender ni en el gozar.

46.—La felicidad es posesión sobrenatural gozosa y gloriosa en fruición inmensamente deleitable de todas las aspiraciones, de todos los deseos del hombre en el saber, en el conocer, en el gozar, en el amar y poder, actual, presente, simultáneo. Todo se tendrá y disfrutará al mismo tiempo en el Bien Supremo y con el Bien Supremo, que es Dios infinito, Fuente de todo bien y de toda delicia, y se tendrá en Dios y con Dios junto y detallado sin estorbarse lo uno a lo otro. Mi alma estará llena de satisfacción, radiante de júbilo, sin que pueda caber más en ella y con la seguridad de que lo estará ya siempre, sin que se ensombrezca jamás con la más tenue nubecilla de pena, y que lo estará en convivencia y compenetración con los ángeles y con las demás almas bienaventuradas, las cuales viven también el mismo gozo, y mi alma renovará el gozo viendo el júbilo y delicia de todas según la capacidad de cada una y todas viviendo en el gozo infinito de Dios, en el Bien infinito, en la Hermosura y Felicidad infinita de Dios; viviremos la misma vida feliz de Dios, siendo dioses por participación. Si el alma no estuviera completamente llena y satisfecha, aún no sería feliz. Dios hará feliz a mi alma en Sí mismo.

Y mi alma y todas las almas bienaventuradas, redundando júbilo, haremos participantes de la mis-

ma felicidad que cada una tenga al cuerpo cuando después de pagar el tributo a la muerte, y de haberse descompuesto y convertido en polvo, le resucite Dios con su infinito poder y vuelva a unir al mismo alma con que vivió y le haga inmortal como al alma y casi como espiritual sin sentir ninguna necesidad, y ya nunca se separará del alma viviendo su misma vida.

También a ti, cuerpo mío, te crió Dios para la felicidad. También tú, que ahora sufres y rehúyes la mortificación y el dolor, y te apenas con el cansancio y el abatimiento, y te cuesta el recogimiento y la virtud, también tú serás feliz y dichoso después de la resurrección junto con mi alma. El alma no aumentará su felicidad al comunicar la nueva vida gloriosa al cuerpo, pero hará extensiva su misma dicha y felicidad al cuerpo y se la comunicará en proporción de la felicidad que ella misma tenga y adquirió en compañía del cuerpo cuando en la tierra vivía las virtudes y el amor de Dios.

Porque no todos los cuerpos tendrán las mismas perfecciones, ni sentirán el mismo gozo, ni brillarán con la misma hermosura. El cuerpo que cooperó con mayor fidelidad y ayudó más al alma en el bien, en la virtud y en la santidad, recibirá mayor premio de dicha y de felicidad por su abnegación generosa; porque la largueza de Dios en premiar es también la más justa equidad. Dios premia como Padre a todos según sus obras. Todos somos hijos de Dios.

El cuerpo nunca verá a Dios. Estos ojos míos corporales no verán a Dios, porque la materia no puede ver al espíritu. Pero mi alma sí le verá, y radiante de dicha con la visión beatífica, se la comunicará a mi cuerpo, a este mismo cuerpo mío a quien de nuevo informará con vida sobrenatural como ahora informa y da vida natural. Alma mía y cuerpo mío, animaos a vivir toda virtud y vivir muy santamente el amor de Dios juntos, pues juntos gozaréis en el cielo de la felicidad de Dios según vuestras obras santas.

El alma más santa recibe más intensa luz de gloria y ve más en Dios, es más gloriosa y comunica a su cuerpo más hermosura y más nobles perfecciones. Será la belleza y perfección y gozo del cuerpo en proporción de la gloria del alma, y la gloria del alma según la santidad de vida que en la tierra juntos tuvieron. Serás feliz, alma mía, como lo deseas; serás feliz, cuerpo mío, como ansías y tan feliz como quieras si, superando las dificultades y contratiempos de esta vida, levantas la atención a Dios y abrazas en todo su voluntad. Alma y cuerpo míos, seréis felices en la felicidad del cielo en proporción del amor que en la tierra tuvisteis a Dios. Sufre, y humíllate y ama ahora, porque tu alegría será ciendoblada de lo que te humillaste y amaste.

47.—Me alegró leer en Platón y en Aristóteles que con sólo su inteligencia natural —pues nacieron

en el paganismo y no conocieron la revelación— ponían la felicidad del cielo no en estos gustos que apetecen los sentidos del cuerpo, a lo que casi sólo atienden y procuran los hombres, sino en la contemplación y visión clara y directa de la Verdad, del Bien y de la Hermosura en sí misma. Lo corpóreo no puede compararse con lo espiritual. Esta Verdad Suma, y Sumo Bien, y Suma Hermosura, es Dios infinito. Cuando mi alma le vea, me invadirá el gozo inexplicable y me absorberá la delicia. Dios es la Verdad total. Conocer este Bien Sumo y Suma Verdad y Hermosura no excluye el conocimiento de los demás bienes, verdades y hermosuras, sino que los encierra y ennoblece todos y los llena de esplendor. En el Sumo Bien veremos todos los bienes, y el que más vea del Sumo Bien, más verá de los demás bienes y mejor conocerá las demás verdades todas, y el conocimiento y la vida de esta Suma Verdad me hará feliz, no los otros bienes y verdades.

Esos filósofos no llegaron a tener conocimiento de la resurrección gloriosa de los cuerpos bienaventurados, ni de las propiedades gloriosas y felicidad sobrenatural que tendrán y a mí me enseña la fe. Sólo admiraban la felicidad natural que sentirá el alma contemplando la Suma Hermosura. La fe me enseña que he sido creado por Dios para ser feliz en todo mi ser con felicidad sobrenatural. Serás feliz, alma mía, y lo serás tú, cuerpo mío, y tanto cuanto sean santas vuestras obras y vuestro amor a Dios.

48.—Espero en Dios gozar de la felicidad perfecta e íntegra sin sombras ni penumbras, porque la felicidad es el mismo Dios infinito y Dios es mi último fin y nadie puede prescindir de su último fin. Nadie puede dejar de desear la felicidad. Seré feliz en Dios.

Los sabios me enseñan esto mismo que yo siento y deseo de la felicidad, diciéndome que *la felicidad es un estado perfecto con la acumulación de todos los bienes* y con la certeza de que ni se perderán ni se disminuirán jamás. La seguridad es un bien muy grande y no se puede excluir de la felicidad. San Juan de la Cruz lo traducía en esta frase apretada de sentido: *La felicidad es juntura de todos los bienes:* de los bienes del alma y de los bienes del cuerpo; de los bienes materiales y de los bienes espirituales; de los bienes que conocemos y de los inmensamente más nobles y más perfectos y numerosos que ni conocemos ni podemos figurarnos. Y sobre todos esos bienes creados está la visión y posesión y goce de Dios, Bien de todos los bienes y Creador de todos y de todas las perfecciones. Dios es la verdadera y única felicidad, pues encierra todas las hermosuras y todos los bienes.

Como la noción de la felicidad es verdad fundamental para cuanto pienso decir, quiero exponerla con toda claridad y precisión, no sólo con mis palabras, sino con las más autorizadas del Doctor Angélico y de la genial inteligencia de San Agustín, aunque repita algunas ideas.

Sólo Dios puede levantar e iluminar con luz y visión sobrenatural mi capacidad de entender, de amar y de gozar, llenándome de su luz para que en su Sabiduría infinita vea toda la creación y todos los seres y le vea a Él y en Dios viva su misma felicidad y deleite. Todo lo sabré en el Saber infinito de Dios, y todo lo amaré y gozaré en el amor y en el gozo insondable de Dios. Angeles del cielo, sabré y amaré y gozaré con vosotros y como vosotros en Dios, mi Dios y vuestro Dios. Lo veré y gozaré todo en Dios con el mayor júbilo, y viéndolo se saciará todo mi ser en deleite; no querré apartar mi mirada de tan supremo Bien, pues en viéndole y poseyéndole a Él, se ven y se poseen todos los bienes y todas las verdades. Este Bien es mi último, glorioso y bienaventurado fin. No querré ni podré salir de él. Todo lo veré, todo lo poseeré, todo lo gozaré en este mi último fin, que es el mismo Dios infinito. Aquí, en Dios, se encuentra la suprema dicha. Mi alma siempre verá y siempre se gozará de estar viendo y gozando y de que siempre en Dios hay más que ver. Porque en Dios no hay límites; siempre hay más que ver, más hermosuras, más grandezas creadas. No se puede abarcar el infinito, y en ver que hay más que ver, más se solaza el entendimiento y mayor gozo y júbilo siente la voluntad, y tributa a Dios la alabanza de mayor admiración. El alma se encuentra en su centro de dicha y en su último fin glorioso, que es el Bien infinito, la Verdad infinita, la Hermosura

infinita, donde todo se ve, todo se goza, todo se posee, todo se conoce y se puede, y donde se goza de que todos posean y gocen tanto bien y tan exaltada alegría.

49.—Esto, que es la felicidad, «es cierto que no puede darse en esta vida y en este mundo. Sólo nos lo puede dar Dios, y no nos lo da en este mundo; Dios nos lo ha prometido para el otro»[3]. Ni nos lo dará fuera del mismo Dios, sino en Él mismo, dentro de su misma vida y esencia infinita. En Dios sólo tengo la esperanza de ser feliz con felicidad sobrenatural y eterna. Seré feliz con la felicidad de Dios. La grande aspiración de mi vida es la felicidad, y Dios me la dará en el cielo, y Él mismo será el cielo y la gloriosa felicidad.

Seré feliz como lo son los ángeles del cielo, y en su compañía. Como los ángeles, ni querré ni podré salir de la gloria y dicha de Dios, porque Dios es mi centro y mi fin último; porque en Dios lo veo y poseo todo; porque nada desearé que no lo tenga y vea en Dios con su sabiduría y su gozo.

Seré feliz en todo mi ser: en mi alma y en mi cuerpo. También será perfectamente feliz mi cuerpo en proporción de la felicidad de mi alma. Mi alma le comunicará su misma dicha, y Dios por el alma le

3. Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí*, lectura-meditación IX, núm. 126.

dará propiedades y perfecciones nuevas. El cuerpo será transformado en glorioso y en casi espiritual. No veré a Dios con los ojos de mi cuerpo, porque la materia no puede ver al espíritu directamente, como no veo mi propia alma con mis ojos. Pero yo, mi alma, verá a Dios, y con mis propios ojos verá y conocerá todos los seres y todos los mundos corpóreos, con todas sus perfecciones y propiedades.

Mi cuerpo glorioso no experimentará ya más ni el dolor, ni la tristeza, ni el sobresalto; no podrá ya tener ni enfermedad ni aflicción alguna. No necesitará ya del sueño para reparar el cansancio, ni de alimento para reponer las fuerzas. Es cuerpo glorioso, y ni se cansa ni tiene desgaste. Las distancias para el cuerpo glorioso serán como si no existiesen, porque Dios le comunica las dotes gloriosas de la agilidad y sutileza, de la claridad e impasibilidad, y con estas perfecciones está pronto para obrar según el querer del alma, superando todos los obstáculos.

Conoceré entonces todos los secretos de los mundos y de la naturaleza y estaré presente en los lejanos astros y estaré en los vacíos espacios y en la claridad de la luz, porque el cuerpo se ha hecho ingrávido y sutil, pudiendo atravesar todos los cuerpos y vivir en todos los elementos y tener estabilidad en el éter, en la luz y en el vacío.

Ni necesitaré casa para cobijarme o defenderme, ni vestido para protegerme, ni salas para recibir a mis amistades, porque mi cuerpo gozará de la impa-

sibilidad al sufrimiento y de la inmunidad para los elementos y estaré en la amistad y trato íntimo y confiado con todos los bienaventurados y con todos los ángeles. A todos trataré, a todos conoceré, a todos amaré y de todos seré amado. Seré diafanidad en la claridad de la luz. Seré belleza en la misma hermosura. Seré dichoso, seré feliz, viviré en la perpetua alegría y delicia de Dios.

CAPÍTULO X

Qué es la felicidad, según Santo Tomás y San Agustín

50.—La suprema aspiración de la vida del hombre es ser feliz. ¡Seré feliz! La fe me enseña a ser ahora feliz en esperanza. La esperanza me enseña que seré feliz en el cielo viviendo ahora las virtudes.

He admirado la noción de felicidad que de modo descriptivo da Platón. Recordemos la enseñanza de Santo Tomás. Platón nos la presenta fascinante en la hermosura, en una escena llena de vida. Santo Tomás analiza el concepto con toda precisión y firmeza, señalando claramente sus contornos. Es necesario tener el concepto exacto, aun cuando vuelva a recordarlo al tratar ya inmediatamente de la felicidad en el cielo[1].

1. Santo Tomás de Aquino trata de la felicidad principalmente en la *Suma Teológica*, en la I de la II, desde la cuestión primera hasta la

Dice así: *Es imposible que la felicidad o beatitud del hombre consista en algún bien criado. La bienaventuranza es el bien perfecto, que totalmente sacia el apetito. Si pudiera desearse algo más, no sería fin último. Pero el objeto del entendimiento es la verdad universal. De ahí que nada puede aquietar la voluntad del hombre sino el bien universal, y ese bien no se encuentra en cosa criada, sino en Dios únicamente; porque toda criatura tiene bondad participada. Por consiguiente sólo Dios puede llenar la voluntad humana... En sólo Dios está, pues, la bienaventuranza humana*[2].

La felicidad no es la inactividad ni la monotonía que produce el hastío. La felicidad es la actividad más dulcísima y descansada en la más diversa variedad de todas las verdades y bellezas y bondades de la potencia más noble y más alta del hombre, que es la inteligencia, y con la inteligencia, de la voluntad en el amor actual más intenso por el bien ya conseguido. De estas potencias espirituales, las más nobles y perfectas, se difunde el gozoso bienestar y el contento a todos los sentidos y a todo el cuerpo. Es el gozo de todo el ser humano.

La felicidad, ya queda dicho, ha de producir o es la satisfacción perfecta, sobrenatural, actual de todo el ser; del alma y del cuerpo. La felicidad no duerme

quinta. Muy instructivas y precisas son las instrucciones del P. Teófilo Urdanoz, O. P., en la edición bilingüe de la B.A.C.

2. Santo Tomás, I-II, q. 2, a. 8.

ni parpadea; luce siempre en renovado y delicioso gozo presente, llenando el deseo como sol que siempre brilla. Santo Tomás enuncia la idea con estas palabras: *Necesariamente se ha de afirmar que la felicidad es una operación. Porque la felicidad es la perfección última del hombre. Y como una cosa en tanto es perfecta en cuanto está en acto, ya que el solo poder sin el obrar es imperfección, de ahí que la felicidad del hombre debe consistir en el acto último del hombre. Es evidente que el estar realizando la obra es el último acto del que obra... La bienaventuranza o felicidad del hombre es una operación o una actividad*[3]. Es el real, actual, gozoso y dichoso obrar del entendimiento no discurriendo, sino entendiendo, contemplando, y de la voluntad amando; entendiendo el entendimiento en toda su capacidad de entender y la voluntad en toda su capacidad de amar, estando ya en la posesión del objeto amado y viéndose correspondida en el amor.

Aún lo reafirma con estas palabras: *La esencia de la bienaventuranza consiste en el actual entender del entendimiento. Mas pertenece a la voluntad el gozar actual de la bienaventuranza según dice San Agustín que «la felicidad es el gozo de la verdad», en cuanto que ese gozo es la consumación o dichoso efecto de la bienaventuranza*[4].

3. Santo Tomás: *Suma Teológica*, I-II, q. 3, a. 2.
4. Id., id., q. 3, a. 4.

Y razona esta verdad en una concatenación lógica y admirable diciendo que la bienaventuranza ha de estar en el actual entender: *La obra u operación óptima del hombre es la de la óptima facultad o potencia respecto al óptimo objeto, y esta óptima facultad es el entendimiento, cuyo supremo objeto es el bien divino, el cual no es ciertamente objeto del entendimiento práctico, sino del especulativo. Y así, en esta operación, que es la contemplación de las cosas divinas, consiste sobre todo la bienaventuranza o felicidad*[5].

Y la última y perfecta bienaventuranza que esperamos en la vida futura consiste toda principalmente en la contemplación[6]. No es discurrir que busca y cansa, es mirar, entender, poseer descansadamente y en gozo.

51.—El alma que ha llegado a gozar ya de la felicidad está entendiendo o contemplando con toda su capacidad de entender a Dios, Verdad infinita, y en Dios y con Dios, todas las cosas en la mayor satisfacción y delicia. Y lo ve todo sin esfuerzo ninguno, sin tener que comparar ni traer a la memoria recuerdos del pasado ni ni ensueños del futuro; sin que la fantasía necesite fingir imagen alguna. Está viendo y entendiendo gozosísimamente hasta la perfecta satisfacción cuanto desea ver y entender hasta lo

5. Id., id., q. 3, a. 5.
6. Id., id., q. 3, a. 5.

íntimo de las esencias de los seres y de los mundos y de las relaciones y dependencias de los unos con los otros.

En Dios, la Suma verdad, ve y conoce los pensamientos y los amores de todas las demás personas relacionadas consigo misma o con Dios. Y ve, sobre todo, a Dios mismo, Sumo Bien, y en Dios todas las cosas. Pero todos los ángeles y todos los bienaventurados y toda la creación comparada con Dios es como nada y como fealdad ante su hermosura infinita. Y lo ve, lo entiende y lo posee todo en el mayor descanso y más jubilosa delicia, y lo ve y posee no lejos, sino presente en Dios, y el alma está en Dios, en la infinita y gloriosa hermosura de Dios.

La felicidad no es inactividad, sino estar obrando en la actividad más gozosa la obra más maravillosa; estar entendiendo en la exaltación jubilosa. *Porque la felicidad es la perfección consumada o perfecta que excluye todo defecto en el bienaventurado*[7]. Han desaparecido toda duda, toda ignorancia, toda incomprensión de las verdades y de las personas. La felicidad es claridad de luz indeficiente y suavísima; es compenetración agradabilísima y dulcísima con los seres espirituales. La felicidad es la contemplación y el conocimiento y la posesión y gozo de la hermosura infinita; es el ininterrumpido y siempre renovado *gozo de la Verdad*, que está siempre

7. Santo Tomás: *Suma Teológica* I-II, q. 5, a. 4 al 1.

bañando lo íntimo del alma y la transparenta y envuelve toda y trasforma en belleza divina. Porque la felicidad es vivir la vida de Dios y en Dios. En Dios se ven y comprenden todas las verdades criadas; en Dios se poseen y gozan todos los bienes; en Dios se encuentran todas las amistades y complacencias; en Dios nada se puede desear que no se tenga, nada ambicionar que ya no se posea. Viviendo la vida de Dios y en Dios desaparecen todas las oscuridades, todas las ignorancias y se conocen todos los secretos de la naturaleza; desaparecen las distancias y se hacen presentes las personas y los seres. Todo se conoce, se puede y se posee en el saber y poder infinito de Dios.

Porque para la perfecta felicidad se requiere que el entendimiento alcance y posea la misma esencia de la causa primera. De esta suerte logrará la perfección por la unión con Dios, que es su objeto, en el cual está únicamente la felicidad o bienaventuranza[8].

Cuando mi entendimiento, lo mismo que el entendimiento angélico, esté unido con unión perfecta y gloriosa a la Suma e infinita Verdad y al Sumo Bien, los poseeré ya y, poseyéndolos, gozaré con gozo sobrenatural proporcionado a la posesión o conocimiento. En la Verdad infinita y en el Bien infinito lo conoceré todo, lo veré todo, lo poseeré todo y en todo me gozaré. Todos los seres y todos los

8. Santo Tomás: *Suma Teológica* I-II, q. 3, a. 8.

mundos serán míos y de todos; los conoceré todos y estarán a mi disposición y obediencia. Me ha desaparecido la ciencia razonada, que era como luz de nada, y Dios me la ha transformado y unido a su Sabiduría sobrenatural, y quedo unido gloriosamente a la misma Verdad infinita, creadora de todos los seres y mundos y glorificadora de todos los ángeles y bienaventurados.

Sé que para siempre seré feliz y nunca ya se me disminuirá mi felicidad; y mi felicidad y mi gozo son la felicidad y el gozo mismo de Dios, llegando a la verdad de que Dios me ha hecho, en su misericordiosa generosidad, dios por participación. ¡Estoy glorioso en Dios! ¡Gozo de la posesión de Dios glorioso!

Que la bienaventuranza o felicidad se llama bien sumo del hombre porque es la consecución y fruición del Sumo Bien[9].

* * *

52.—Siglos antes que el Doctor Angélico escribió San Agustín con intuición genial y afectiva que la felicidad es gozarse en la posesión de la Verdad Suma, y la Verdad Suma es Dios como es la Suma Hermosura. Quien posee gloriosamente a Dios es feliz, y quien se aparte de Dios se aleja de la felici-

9. Id, id., I-II, q. 3, a. 1 al 2.

dad. A Dios se le posee por el conocimiento y el amor. Su frase es muy expresiva y feliz: *la bienaventuranza es el gozo de la Verdad*[10]. En varios de sus libros expone y razona esta sentencia. Aquí pongo sólo unos breves textos enunciando esta verdad. En otro capítulo lo haré más extensamente[11].

En la visión de la esencia divina *se nos promete la vista de la belleza, de cuya semejanza reciben belleza todas las cosas bellas, y en cuya comparación son feas todas las hermosuras*[12].

Para vivir la vida feliz o bienaventurada se ha de estar donde está lo óptimo para el hombre, y se ha de amar y tener eso óptimo. Gozar una cosa es tenerla a disposición. Nadie es feliz si no disfruta lo que es óptimo para el hombre, y quien lo disfruta no puede dejar de ser feliz[13].

Y repite en diversos lugares que la felicidad es poseer la verdad *y la Suma Belleza es el Sumo Bien*[14]. *Si vamos en pos de Dios se vive bien; cuando llegamos a poseerle se hace bienaventurado*[15]. *El deseo de ser feliz anima a seguir a Dios, y el abrazo o posesión de Dios es la felicidad misma*[16]. *¿Y quién puede ser más feliz que el que disfruta de la segura, pura y excelentísima*

10. San Agustín: *Las Confesiones* lib. X, cap. 23.
11. Véase en el cap. XIII, núm. 73.
12. Id.: *De Ordine* cap. 19, núm. 51.
13. Id.: *De moribus Ecclesiae Catholicae* lib. I, cap. 3.
14. Id.: *Del libre Albedrío,* lib. II, cap. 13.
15. *De moribus Ecclesiae Catholicae,* lib. I, cap. 6.
16. Id., id., lib. II, cap. 1.

verdad?... ¿Y dudaremos que en el abrazo de la Verdad está la felicidad?[17].

Pero el texto más impresionante y lleno de razón es el que escribe en *Las Confesiones*, hablando con el mismo Dios, y dice: *Lejos de mí juzgarme feliz por cualquier gozo que disfrute. Porque hay un gozo que no se da a los impíos, sino a los que generosamente te sirven, cuyo gozo eres Tú mismo. Y la misma vida bienaventurada no es otra cosa que gozar de Ti, para Ti y por Ti; esa y no otra*[18].

Si yo pregunto a todos si por ventura querían gozarse más de la verdad que de la falsedad, no dudarían en decir que querían más de la verdad como no dudan en decir que quieren ser felices. La vida feliz es, pues, gozo de la verdad; porque éste es un gozo de Ti, que eres la Verdad... Todos desean esta vida feliz; todos quieren esta vida la sola feliz, todos quieren el gozo de la Verdad..., y cuando aman la vida feliz, que no es otra cosa que el gozo de la Verdad, ciertamente aman la verdad[19].

Y poniendo el contraste de las criaturas y del Creador, exclama: *Infeliz quien conoce las cosas todas y te ignora a Ti, y feliz quien te conoce a Ti aunque ignore las criaturas. En cuanto a aquel que te conoce a Ti y las criaturas, no es más feliz porque conozca las criaturas, sino únicamente es feliz por Ti*[20].

17. Id.: *Del libre Albedrío*, lib. II, cap. 13.
18. San Agustín: *Las Confesiones*, lib. X, cap. 22.
19. Id., id., lib. X, cap. 23.
20. Id. id., lib. V, cap. 4.

Dios está en ti como en el cielo[21].

La felicidad natural y sobrenatural es conocer a Dios, ver a Dios, poseer a Dios y, poseyéndole, gozarle. El entendimiento está lleno de la verdad conociendo todas las criaturas y todos los mundos en Dios, y la voluntad está rebosando gozo en amor a Dios y a las criaturas en el mismo Dios. Es feliz, lo será siempre.

Porque solamente es feliz el que tiene todo lo que quiere y no quiere nada malo[22].

21. *De la Trinidad* lib. VIII.

22. Id.: *De la Trinidad*, lib XIII, cap. 5, núm 8. y *De las Costumbres de la Iglesia Católica*, lib. I, cap. 3.